

## REMEDIO PARA CURAR LA INVISIBILIDAD

---

*Paulina del Collado\**

**T**e veo abrir el sobre de azúcar con la punta de los dedos; lo sostienes como si fuera a desintegrarse, como si romper una de sus esquinas requiriera más destreza de la que normalmente requiere, como si lo hicieras para demostrarle a la humanidad que ha estado abriendo mal esos sobres durante años. Pero solo yo te estoy viendo. Tú no me miras. Observas concentrada la montaña de granos mínimos que apenas flotan sobre la espuma del capuchino. No sé por dónde empezar, así que permanezco callado. Decido esperar a que seas tú quien hable. Tú sigues absorta en tu alquimia de cafetería. Ahora zambulles la cucharilla y la mueves sin prisa, como si revolvieras una taza llena de lodo. Dibujas círculos cada vez más pequeños. Transcurren los segundos y desaparece todo rastro de azúcar. Me tomo el *espresso* de un trago y aclaro la voz para demostrarte que estoy sentado frente a ti. Pero no me miras. Quiero decirte que te he extrañado y no sé por qué espero, inútilmente, a que seas tú la que lo diga. Pero no me recuerdas. Tomas una cucharada llena de espuma y te la llevas a la boca. Ahora desvías la mirada hacia la calle. Tus ojos siguen la trayectoria de las personas que pasan. Quiero decirte que te he querido sin tregua

107

\* Paulina del Collado (México, 1990) es narradora y poeta. Ha participado en las antologías *Poetas parricidas* (2014) y *Mis primeros dientes* (2014). Fue ganadora del XIX premio El Barco de Vapor convocado por la editorial SM, con la novela *El extraño caso de Santi y Ago* (2014). Es egresada del diplomado de creación literaria del Instituto Nacional de Bellas Artes, y ha sido becaria del FONCA y del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios del Colegio de México.

desde hace tiempo. Pero si no prestas atención, no sé, me siento inseguro. Veo tus labios torcerse por un instante. ¿Sonreíste? Compruebo que no soy yo quien te causa gracia. No me sorprende. Sigues con la vista los pasos de un niño que camina con torpeza a un lado de su padre. Tú y yo podríamos criar uno igual si te dejaras de tonterías y de una vez me hablaras. Pero no me ves. Seguir con la vista a ese niño te ha llevado a otro lugar. Pido otro *espresso*. Puedo estar así todo el día. Pero tú no. Tú tienes que levantarte de la mesa en veinte minutos y regresar a tu vida de siempre: saldrás de aquí con ganas de ser otra persona, con deseos de que te hubiera tocado vivir la historia de alguien más. Te puedo ver con claridad. Apenas abras la puerta de tu casa, vas a encontrarte a ti misma en el espejo del corredor. Te verás vieja. Estás más vieja, pero a mí me sigues gustando. Tengo la sospecha de que lo sabes y aun así haces como si no me vieras. En cambio, yo puedo verte en tu vida de siempre. Llegas a casa agotada. No esperas a estar en tu habitación para quitarte los tacones y el *brassiere*. Los cargas en una mano mientras vas a la cocina a servirte un vaso de agua. Saludas a la niñera. Ella llena la habitación de palabras que no atiendes. Tu hija sale a recibirte y se cuelga de tu cuello. Ella me agrada. Me gustaría que se pareciera más a ti y menos a su padre. Aunque da igual. Es todavía muy pequeña, incluso para mí. No obstante, si me encuentran, podrían usar contra mí las fotografías que le he tomado durante esas pequeñas expediciones al parque en las que piensas que caminan solas. Usarán los videos que tengo de ella en la regadera, en la escuela, con su niñera. Te imagino acariciando el pelo de tu hija, dándole un beso en la frente, mintiéndole al decir que la extrañaste mucho. Te puedo ver: al llegar hoy, despedirás a la niñera con una sonrisa que exige privacidad. Después, ella te arrastrará. Tu hija tomará tu mano e insistirá en que la acompañes a su cuarto porque hay algo nuevo que debe mostrarte. Te dejarás llevar, sabrás que resistirte implicaría más esfuerzo, perderías más tiempo. Te dejarás ir. Tu hija te ordenará que tomes asiento a la orilla de su cama porque tiene un espectáculo nuevo. Entonces, solo entonces, me intuirás. Tu hija se subirá el camión y tomará su caballo de peluche favorito. En vez de montarlo, lo colocará de frente entre sus piernas y comenzará a

restregarlo. Al principio no entenderás nada. La escucharás y pensarás que oíste mal. Abrirás bien los ojos y la verás, jugando con el caballo. Tu corazón comenzará a latir cada vez con más urgencia. Tu respiración se entrecortará, sentirás un peso invisible exprimir tus pulmones y lograrás jalar un poco de aire para ordenarle que se detenga. Tu hija no entenderá tu premura. Se sentirá violentada. No le gustará que interrumpas la sorpresa. Comenzará a llorar porque no te gustó el espectáculo y abrazará a su caballo de la forma en que le has enseñado a hacerlo. Me intuirás pero no me verás tampoco. El primer culpable será tu marido. Te aferrarás a los brazos de tu hija y la sacudirás hacia ti: dónde viste eso, preguntarás, quién te enseñó eso, querrás saber. La pequeña seguirá llorando en un grito, como solo los niños lloran. Déjame, te pedirá. La niñera. Soltarás el cuerpo tembloroso de tu hija y retrocederás. Preguntarás, esta vez con más calma, si vio a la niñera hacer eso con otra persona. Lo que ella hizo hace un momento con el caballo. Tu hija negará mirando al suelo, con el surco de lágrimas todavía dibujadas en las mejillas. La abrazarás y le pedirás que no vuelva a hacer eso. Está mal hacerlo, le asegurarás y ella asentirá en silencio. Intentarás llamarle a tu marido pero tu teléfono no dará línea. Te estaré observando desde la ventana en el punto exacto desde donde siempre te miro. Le darás un par de golpes a la bocina pero el teléfono seguirá muerto. Mientras escuchas los sollozos de tu hija te precipitarás hacia tu bolsa. Buscarás el celular pero todo lo que encontrarás es una carta. La puse ahí hace unos instantes, cuando pediste el capuchino que acabas de terminarte. Sacarás el sobre desconcertada. Te estaré observando y esperaré el momento preciso. Iré siguiendo el camino de tus ojos al leer mi carta. Comenzarás a llorar, igual que tu hija. Me recordarás pero no me habrás visto todavía. Reproducirás uno a uno los rostros genéricos de tu infancia. Me encontrarás en tu memoria y comenzarás a temblar. Llamarás a tu hija a gritos. Ella no contestará y sabrás, por fin, que estoy cerca. Seguirás repitiendo su nombre con la voz entrecortada por el llanto. Recordarás el mío y te desplomarás de rodillas sobre la baldosa. Me insultarás y saldré, no sabrás de dónde. Me verás sosteniendo la mano de tu hija, quien a su vez sostiene al caballo de peluche de una de sus patas. Me ordenarás que

PAULINA DEL COLLADO

la suelte, tratarás de arrebatármela. Ella no sabrá muy bien qué es lo que estará sucediendo. Te explicará que soy su amigo y que llevamos tiempo jugando. Te desgarrarás en un grito pero permanecerás inmóvil. Desapareceré y tu hija se disolverá conmigo detrás de la puerta. Pero eso es en unas horas. Por ahora, acaba tu bebida. Observa al niño que juega en la calle. Ignórame un poco más. Tienes veinte minutos antes de regresar a tu vida de siempre.